

Francisco Casanova:

“Hay que haber cantado para poder enseñar”

por Ximena Sepúlveda

Francisco Chahín Casanova ha cantado durante 25 años en los mayores teatros de ópera del mundo, con un extenso repertorio de 56 papeles estelares para tenor, entre los cuales destacan 22 óperas de Verdi.

Ha ganado muchos concursos internacionales de canto, de los cuales destacan dos premios Beniamino Gigli d’Oro (Recanati, 2004; y Helsinki, 2007). Fue el primer tenor no italiano en recibir este trofeo. Otros triunfos son el de Cantante del Año 2002 de la Ópera de Berlín, el Primer Premio para Voces Masculinas en la 28 Edición del Concurso Francisco Viñas y también Premio Especial *La Traviata*, en Barcelona, en 1990. En el año 2000 se le nombró miembro honorario de la Junta Directiva del Instituto Internacional Verdiano de Estudios. Fue finalista nacional en la competencia de canto del Metropolitan en 1989.

Antes de que nos cuentes de tu vida y obra, vamos a hablar sobre la situación de la ópera en tu país: la República Dominicana. ¿Existe ópera nacional auspiciada por el gobierno o entidades privadas?

Hace mucho tiempo que me fui de la República Dominicana y he regresado pocas veces. Que yo sepa, al gobierno no le interesa. El Teatro Nacional, entidad gubernamental, las produce, pero son esfuerzos tímidos y esporádicos. Las programa el director de la Sinfónica Nacional, también una entidad gubernamental, el maestro José Antonio Molina. Creo que va a hacer *La Traviata* próximamente.

La iniciativa privada de vez en cuando y con mucho sacrificio hace producciones de óperas, zarzuelas y operetas. La Sociedad Pro Arte, dirigida por el doctor Edgar Pérez Martínez (compañero mío del colegio), se ha estado ocupando en los últimos años de presentar óperas en la República Dominicana. Algunas de sus actividades han sido realizadas en colaboración con un grupo de músicos dominicanos en Nueva York, del que yo fui fundador, junto con otros músicos dominicanos, allá por el lejano 1979. Cada uno en su momento, los cantantes dominicanos se armaron de valor para echar para delante la cultura operística: Aristides Incháustegui, Rafael Sánchez Cestero (mi primer maestro), Henry Ely, Ivonne Haza, Frank Lendor, Fausto Cepeda, Marianela Sánchez, Gladys Pérez... Todos, esfuerzos muy meritorios, pero que no encontraron un eco en ese ambiente avaro; sin embargo, el público que asiste a los espectáculos aplaude generosamente.

Un esfuerzo importante que se hiciera en la década de los 90 fue el de Ópera de las Américas, dirigida por mi amiga la soprano Teresa Pérez Frangie. Canté en una producción muy bella de *Aida* (en agosto de 1999), con Marianne Cornetti, April Evans y el bajo Kevin Short, dirigida por el maestro Jan Vneck.

¿Cómo funciona el Conservatorio de Música? ¿Es pagado o se basa en becas a la población?

Cuando fui al Conservatorio Nacional de Música de Santo Domingo, no se pagaba la inscripción ni el cuatrimestre. Creo que todavía es igual. Se tomaba un examen de admisión en el que se estimaba el nivel en el que se encontraba el estudiante: generalmente veníamos después de algunas clases privadas en las que nuestro maestro nos preparaba para dicho examen. Si el alumno pasaba el examen, se matriculaba y empezaba las clases.

En mi época, el Conservatorio estaba bajo la jurisdicción de la llamada entonces Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos. Los nombres se cambiaron hace más o menos una década, y ahora las han vuelto a llamar Ministerios, como en la época de [el dictador Rafael Leónidas] Trujillo.



Francisco Casanova en casa
Foto: J. Brohard

¿Además de ti, ¿hay otros cantantes dominicanos de ópera destacados?

En la República Dominicana ha habido muchos cantantes muy buenos siempre: Eduardo Brito, Teresa Pérez Frangie, Olga Hazar, Ivonne Haza, Juan Cuevas, Ramón Figueroa, Marianela Sánchez... todos muy buenos y que han dejado una marca notable en la vida cultural del país.

De mi generación, recuerdo a Ramón Figueroa, Juan Tomás Reyes, y de la siguiente, a Glenmer Pérez, Moisés Franco, Otilio Castro, Modesto Acosta, Francisca Moreno, entre muchos más que me es imposible retener en la mente. Otras voces buenas que recuerdo eran las de Marino Polance y Obed Ureña. No sé si siguieron estudiando.

Muchos cantantes líricos dominicanos no se han podido dedicar a la ópera, sino más bien a la música popular...

En la República Dominicana hay muchas y muy buenas voces, pero el gobierno nunca ha ayudado a nadie. Creo que el interesado debe ayudarse a sí mismo. No creo en la excusa de que los cantantes dominicanos “no se han podido dedicar” a la ópera. Que despierten del sueño de que alguna vez el gobierno o un hada madrina les va a ayudar. Que salgan y se hagan de un oficio fuera del país. Pero que no piensen que van a dormir en cama blanda.

Yo pasé muchos años durmiendo en el piso por no tener con qué comprar una cama. Hoy en día prefiero el piso no sólo porque estoy acostumbrado sino porque me hace bien a la espalda.

En 1979 me negaron una beca para salir a estudiar. No me amilané ante esa respuesta, e igual me fui. Fuera de la República Dominicana, el conocimiento que adquirí, como regalo de mi experiencia profesional en los últimos 40 años, fue puesto encima de la sólida base musical que recibí en el Conservatorio de Santo Domingo.

Pasé las de Caín los primeros diez años y tuve muchos trabajos para sustentarme, trabajos que nunca imaginé que desempeñaría. Hice de todo: trabajé como mensajero, limpiando casas y hoteles, fui asistente de electricista. Cantaba en restaurantes para ganar dinero al mismo tiempo que practicaba mi oficio (en esa época había más de siete restaurantes en la Gran Manzana donde se cantaba, que ya no existen hoy).

Canté en iglesias, en funerales y bodas, para ganarme el sustento, y hasta terminé administrando un programa de salud para las grandes masas de trabajadores necesitados de la gran urbe en la famosa Iglesia Riverside de Nueva York. También trabajé en la imprenta CJ/The Printworks, en la calle 46 con la Novena Avenida en Nueva York, donde estuve como administrador desde 1986 hasta 1990. Buenos años aquellos, en los que aprendí mucho sobre la vida.

¿Cómo descubriste tu pasión por el canto y dónde estudiaste?

A los tres años fue cuando primero fui consciente de esta manera de expresión, pues un día temprano en la mañana escuché a mi padre que cantaba en su estudio. Su bella voz de tenor me tocó el corazón y lo que cantaba también, y me dije: “Eso es lo que yo voy a hacer...” y ya a los once, mi inclinación de pasarme horas



Riccardo en *Un ballo in maschera* en el Met, 2001

oyendo los discos de la colección de mi padre aumentaba día a día. Así fue como llegué a conocer a Caruso, Gigli, Galli-Curci, Scotti, Kraus, Del Mónaco, Bonisolli, Farrar, Pertile, Fleta, Mardones, Campora, Ferraro, Muzio, Olivero, Callas, Tebaldi, Caballé, Bastianini, Christoff, Neri, Guelfi, Ausensi, Aragall, La Virgen, Corelli, Kraus, Martí...

En esa época escuchábamos música en discos de vinilo de 33 rpm. Todavía conservo muchos discos de esos, unos dos mil.

A través de esos discos y de transmisiones radiales desde Hilversum, Holanda —donde muchos años más tarde llegué a cantar *Les vêpres siciliennes*, *L'amore dei tre Re*, *Poliuto* y el *Requiem* de Verdi—, me metí al mundo de la ópera. Ayudó el hecho de que mi padre cantaba, aunque nunca cantó ópera, sino música popular, pero en su época la diferencia era poca en lo que a producción de voz se refiere.

La voz de mi padre, que se llamaba Alfredo Chahín, era de calidad, pero no entrenada. Llegó a hacer una breve carrera como cantante popular en la década de los 40 en Nueva York. Mi madre, Bárbara Casanova, estudió el piano desde pequeña en el Conservatorio de Santo Domingo. Fue una buena maestra y mi primera acompañante. Ya a los quince años me atrevía a cantar ‘M’appari tutt’amor’, ‘Il mio tesoro intanto’, ‘O tu che in seno agli angeli’, ‘E lucevan le stelle’, ‘Una furtiva lagrima’, romanzas que ella me acompañaba durante veladas familiares en casa o en actos musicales en el Colegio La Salle.

Así, obligaba a todos mis amigos de la secundaria a escuchar ópera. Y cuando Gustavo Ubrí o Rafael Pérez venían a estudiar conmigo en mi casa, era obligatorio escuchar primero la escena del Nilo con Nilson y Corelli antes de empezar a hacer la tarea, o el tercer acto de *Tosca* con Gigli y Caniglia. Jajaja... Los pobres, todavía me soportan. Eso es cariño verdadero. No saben siquiera si les gusta o no la ópera, pero, como yo canto, se mantienen informados y opinan y me miran de soslayo para ver si están diciendo las cosas correctamente. [Ríe.] A Ubrí le gustaba en particular una grabación de Régine Crespin de *Les nuits d’été* de Berlioz.

¿Eres el único cantante de tu familia?

Soy el último hijo del matrimonio Chahín-Casanova, el único vivo de la familia. Tuve tres hermanos mayores: Sandra, Tamara y Luis Alfredo, en ese orden, todos con muy buenas voces. Crecieron cantando. Mi padre tocaba el violín además de cantar. En nuestro pueblo, Santa Cruz del Seibo, no había actividad en la que Alfredo, Barbarita y sus tres hijos mayores no estuvieran envueltos de manera prominente en la parte musical.

Yo nací siete años después de Luis Alfredo, en 1957, y tan pronto di señales de poder cantar entré oficialmente en el círculo de cantantes de la familia. Fue en el verano del 1966, cuando tenía 8 años, cuando hice mi debut en una velada, cuyo motivo no recuerdo, en nuestro Teatro Prado (que ya no existe), cantando la canción “Señorita” del puertorriqueño Rafael Hernández.

Mis tres hermanos mayores (descansen todos en paz) habían preparado el terreno para mí. El resto fue fácil, pues nací inmerso en aquel océano musical que era la familia Chahín-Casanova.

Tu carrera te ha llevado por todo el mundo con gran éxito, cantando en los teatros más importantes y junto a primeras figuras de la lírica, destacándote por un excelente fraseo y elegancia en la interpretación, además de una bella voz. ¿Crees que habrías tenido el mismo éxito si no hubieras salido de la República Dominicana?

No creo que ser dominicano haya tenido incidencia positiva o negativa en el hecho de que canté por más de 30 años en 28 países y 38 estados de la Unión Americana cerca de 60 papeles protagónicos de tenor lírico. Si logré hacer carrera se debe única y exclusivamente a que trabajé con ahínco y disciplinadamente por adquirir una buena técnica y sentido del estilo de lo que canté y al hecho de que supe quiénes eran buenos maestros para mí y quiénes no.

Supe escoger mi repertorio y nunca di menos de lo que se debe dar al público. Para mí, aun estando enfermo para uno u otro concierto o presentación operística, la música venía primero y nunca cancelé una función ni pedí que se anunciara el hecho de no sentirme bien o de tener incluso fiebre. Cancelación por enfermedad sólo una, y ya tenía más de 53 años, después de dos años de haberme retirado de los escenarios, en abril del 2012, y afectado por una diabetes galopante.

Teniendo en cuenta las dificultades y sacrificios que implican una carrera en la ópera, ¿qué le aconsejarías a los cantantes nuevos que quisieran dedicarse a este arte? ¿Cómo pueden saber estos cantantes si su futuro está en la ópera?

Que se imaginen lo peor y luego que lo multipliquen por mil. Así tendrán una idea de cuán difícil es esta carrera. Empezando por el hecho de que cantar no es fácil: cantamos letras y música escrita no sólo en otras geografías sino en otros tiempos, a veces cientos de años... Y cantamos generalmente en idiomas que nos son extraños.

Los viajes en avión nos destruyen los horarios: nunca hay tiempo para descansar ni para habituarse a los lugares a los que se llega,



Jacopo en *I due Foscari* en La Scala de Milán, 2003

ni a sus comidas, ni al agua. Siempre hay un regista o incluso un director de orquesta que quiere quitarte el trabajo para dárselo a un(a) amante... También hay gente, directores de teatro, que se esmeran en venir a molestarte cinco minutos antes de subir al escenario, y también... la simple envidia.

Con todo esto en mente, que se pregunten si pueden vivir sin el canto o no, que se hagan el propósito de no cantar nunca en la vida. Si no pueden hacerlo, entonces, y sólo entonces, deben dedicarse al canto, siempre que tengan talento y la voluntad de trabajar duro, así como la habilidad de aprender. Yo tomé la decisión firme de dejar el canto como diez veces en la década de los 80, para vivir en tormento por 24 horas, después de las cuales reemprendía el camino de aprendiz de tenor.

Encontrar un buen maestro es fundamental: evitar a aquellos pianistas, directores de orquesta e incluso registas (he oído decir que algunos atrevidos registas enseñan canto) que se creen autorizados por no sé qué autoridad o experiencia para enseñar el canto.

El canto sólo lo puede enseñar un cantante que haya cantado profesionalmente, no una persona que haya vocalizado y/o haya escrito una tesis o disertación para un doctorado. De éstos existen muchos. Los años, las décadas sobre las tablas, son lo único que autoriza a alguien a enseñar a cantar.

Y aun así hay casos en los que, habiendo sido un buen cantante, no se puede enseñar. Pero es preferible estudiar con esa persona, pues con el buen ejemplo puede enseñar mucho. Un pianista, director de orquesta o teórico puede señalar algún problema. Pero la solución se les escapa: se canta con el cuerpo propio y al no haber tenido esa experiencia, es imposible poder enseñar. Hay que haber cantado para poder enseñar.

Por otro lado: se debe saber hablar el idioma en el que se canta, porque la lengua es 50% de la técnica. Aparte de esto, la lengua es también el estilo, además de ser la guía del fraseo en el canto.

¿Existe un temperamento especial para ser cantante?

Paciencia y tesón son necesarios para someterse uno a horas diarias de entrenamiento esperando crecer. El crecimiento vendrá, pero ni de la manera que uno quiere ni tanto como uno quiere, sino de la manera que tiene que ser, como debe ser... Paciencia para lidiar con la vida y sus inconvenientes.



En clase magistral, con Verónica Villarroel y Pablo Zinger

¿Qué es “VeraMusica”?

VeraMusica Ltd. es mi compañía. La fundé con mi esposa el 8 de noviembre del 2007. El nombre me surgió de manera espontánea cuando el contable que me llevaba los negocios en Nueva York preparaba los papeles. Al preguntarme qué nombre quería ponerle a esta compañía, miré a mi esposa y ella me preguntó qué había sido mi vida desde el comienzo y le contesté que, como lo había sido para ella, mi vida se resumía en el amor por la música y a la poesía, amor que me había llevado a dejar todo atrás para dedicarme a la búsqueda de una manera de expresión verdadera, justa, directa, simple... a través del “arte del bien combinar los sonidos en el tiempo”, para ponerlo de la manera sucinta y clara, con la que el musicólogo Miguel Hilarión Eslava define la música en su *Método de solfeo*, el cual me ha acompañado desde los siete años de edad.

Así nace VeraMusica, porque ésa ha sido mi existencia: buscar, escuchar, pensar en ella —la música— y sus bendiciones sobre los seres humanos. A través de VeraMusica me he dedicado a la enseñanza del canto en la ciudad de Nueva York, donde tengo mi Academia de Canto Maestro Pier Miranda Ferraro, dedicada al gran tenor italiano (1924-2008).

El maestro Ferraro fue mi mentor desde 1991 hasta el día de su muerte. Prácticamente me adoptó como un miembro más de su familia, de la cual recibí todo el afecto y apoyo que me faltó en círculos más cercanos en los años de mi primera juventud.

En marzo de 2006, el maestro Ferraro me pidió que, a su muerte, me encargara yo, por él, de la labor de la enseñanza del canto porque él consideraba que de todos sus alumnos yo había sido el único que realmente había aprendido este oficio de acuerdo con la tradición que le fuera enseñada en el Conservatorio de Venecia por el maestro Mirko Bonomi y en la Accademia de La Scala de Milán por Aureliano Pertile.

He entrenado a docenas de cantantes que han venido a estudiar conmigo de muchas partes de Estados Unidos, así como de otras partes del mundo: Australia, Austria, Canadá, Corea, España, Grecia, Italia, Japón, México y la República Dominicana,

Disfruto mi trabajo y, con mi quehacer, he podido ayudar a muchos jóvenes cantantes a entrar al campo profesional en Estados Unidos y en Europa.

Desde el principio, aparte de enseñar, produzco conciertos para ellos, para darles la oportunidad de cantar las arias, duetos y hasta óperas completas que tienen que preparar para su vida profesional. También, trabajo en conjunto con Valley Lyric, que opera en Greenville y Sharpeville, Pensilvania, liderada por mi amigo de la infancia el Dr. Francisco Canó. Las producciones de Valley Lyric son con orquesta reducida y vestuarios, sobre una escena preparada a propósito.

Así, he producido varias óperas para mis alumnos: *Aida*, *Il trovatore*, *La traviata*, *La bohème*, *Giovanna d’Arco* e *I lombardi*. Estuve también involucrado en el estreno mundial de la ópera contemporánea *Upon this Handful of Earth*, del compositor noruego Gisle Kverndokk y su libretista Aksel-Otto Bull. En esta última, producida por la Iglesia San Ignacio de Loyola de Nueva York, participaron en dos de los papeles principales, mis estudiantes Sara Murphy, mezzosoprano, y John Tiranno, tenor.

He hecho cerca de 30 conciertos para ellos en los últimos nueve años, no sólo en la ciudad de Nueva York, sino también en los estados de New Jersey y Pensilvania, así como en la República Dominicana. Algunos de mis estudiantes, los más avanzados, han cantado y siguen cantando en Carnegie Hall, Alice Tully Hall, la Arena de Verona, la Ópera de Roma, los Teatros de la Ópera de Bari y Cagliari, sólo para mencionar algunos, y festivales importantes como el de Ravinia, en Highland Park, Illinois, y el May Festival de Cincinnati, Ohio.

He enseñado también con asociaciones como la Caruso/Altamura Foundation de Nueva Jersey, la Universidad Católica de América de Washington, D. C. y, muy especial para mí, la Fundación Canto de las Américas que dirige mi querida amiga y gran artista, la soprano chilena Verónica Villarroel. VeraMusica me proporciona la plataforma desde la que me lanzo a hacer estas cosas. 📍